

Medicinas Alternativas ¿Por qué?

Prof. Miguel Guirao (presidente de la R. Academia de Medicina de Granada)*



La polémica surgida en el ambiente próximo a la medicina, alrededor del fenómeno social de las llamadas «medicinas alternativas», merece una profunda reflexión, porque, a mi juicio, es en la propia definición donde surge el problema: «¿una medicina alternativa a la que tenemos?; ¿por qué y por quién?». Hay que profundizar un tanto en el fenómeno para poder dar una opinión que no sea el resultado del apasionamiento o la frivolidad, y, sobre todo, informar e informarse.

Ambos términos, «medicinas» y «alternativas», son verdaderamente desafortunados porque parecen significar un ofrecimiento de posibles alternancias a la medicina vigente, y eso es un error; ante esa interpretación equivocada y nociva, no resuelve nada emplear sustitutivos como los de «paralelas», «laterales», «distintas» o «diferentes», porque presuponen también «otras medicinas»; el utilizar términos menos polémicos, como los de «naturales», «blandas» o «dulces», parece presuponer que la medicina «oficial» es, de alguna manera, artificial, dura y áspera, y se puede cambiar por otra más conveniente, y eso es difícil de aceptar gratuitamente.

No basta decir que la medicina actual está deshumanizada en el enjambre asistencial por la inexistente relación personal médico-enfermo, y que es complicada y costosa con la macroanalítica diagnóstica y la polifarmacia, que es extraordinariamente olvidadiza y desmembrante de la totalidad indivisa del ser humano enfermo por la superespecialización del médico en parcelas cada vez más pequeñas de formas y funciones, y que en la pugna que se mantiene con la enfermedad no se tienen para nada en cuenta los propios recursos naturales de quien la sufre, que, a veces, son hasta maltratados... A la vez que hacen estas afirmaciones, que tienen parte de razón, quien propone soluciones ha de convencer, sin altanería, de que tiene en las manos algo alternativo mejor, que es lo difícil de demostrar, y que sería lo imposible si se pretendiera.

No se trata en ningún caso de alternativas a nuestra medicina sino propuestas para su enriquecimiento en esas líneas que se suponen defectuosas: un solo medicamento, una relajación psicofísica, algo muy natural, acaso unas finas agujas, un ejercicio, una dieta, la salud, la naturaleza; ¡de



acuerdo en principio, quizás!, pero, ¿cómo, cuándo y por qué? A veces ocurre que son tan moderadas las ofertas que, en lugar de reserva u oposición a lo alternativo, pueden suscitar el desprecio de parte de sectores prepotentes, que es también rechazo: «pero ¿qué puede hacer un médico utilizando un medicamento natural en cada caso y a dosis infinitesimales?; ¿qué puede lograr ante un caso agudo quien propone a los enfermos una relajación?; ¿qué puede conseguir un médico que sólo sabe colocar agujas?».

El asunto es difícil de tratar y más de solucionar por apriorísticas posturas radicales. No se tra-

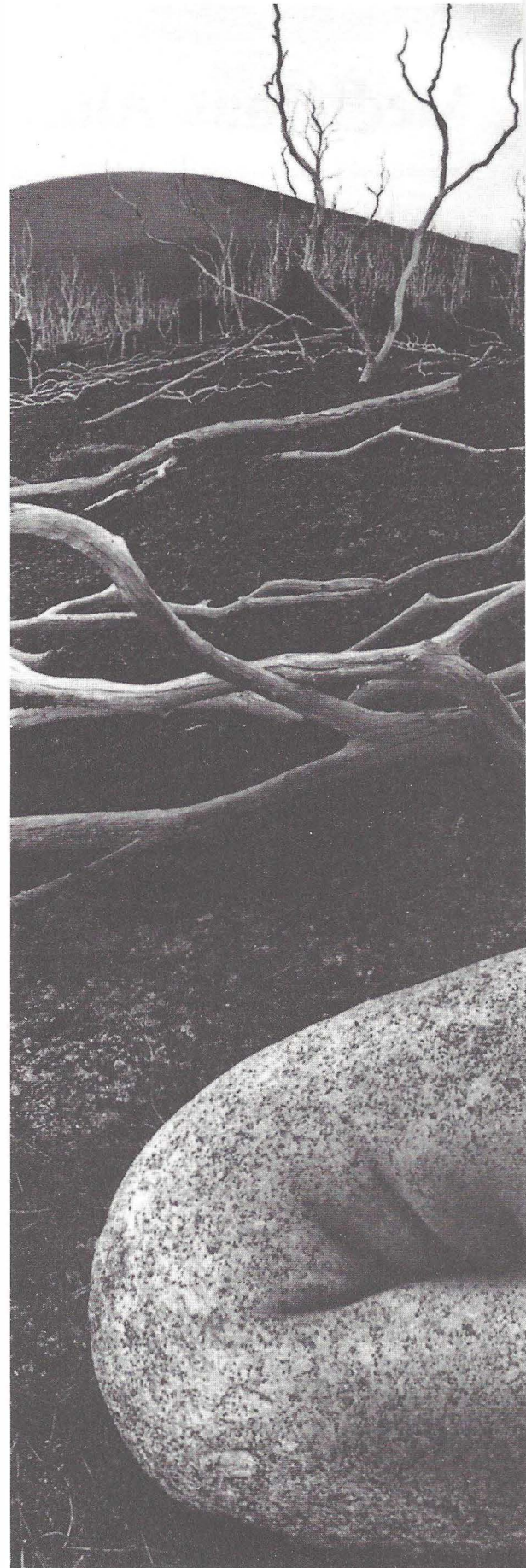
Nadie intenta presentar alternativas a la anatomía, fisiología, patología y tantos pilares de la medicina en vigencia; sólo ofrecer ciertas alternativas terapéuticas, sin imponerlas.

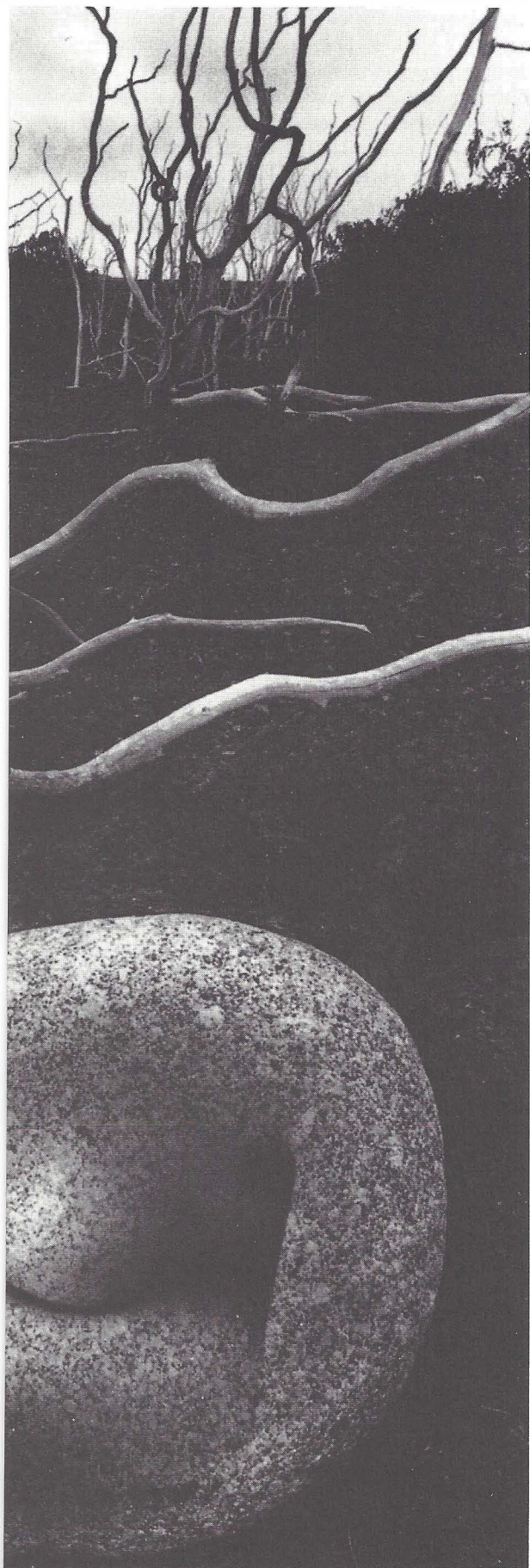
ta de sustituir los recursos que hoy se tengan para casos agudos, graves y ni siquiera alguno concreto, sino de ofrecer algunos procedimientos que pueden ir bien cuando el médico lo estime oportuno, e informarle de cuándo los puede aplicar. Quien hace estas ofertas supone que ese médico a quien van dirigidas sabe lo que tiene que hacer ante un enfermo agudo o cómo utilizar los diferentes servicios de un gran hospital, pero cuando realmente se necesiten y sean provechosos, ahí está la cuestión; antes de llegar a eso, o en otras circunstancias, hay situaciones propicias para utilizar con ventajas otros procedimientos que traten de ayudar a la naturaleza del enfermo a la superación de su crisis. Nadie intenta —porque sería demencial e inútil— presentar alternativas a la anatomía, fisiología, patología y tantos pilares de la medicina en vigencia; sólo ofrecer ciertas alternativas terapéuticas sin imponerlas. Esa definición de «medicinas alternativas» es pues confusa y nos pierde en el camino.

Evidentemente, no podría sostenerse en ningún caso una verdadera propuesta de medicina alternativa a la nuestra, científica y experimental hasta la saciedad, sin que aquélla presentara un currículum semejante, lo que no es posible, pero es que eso no lo pretenden ni los más osados, salvo insensatos marginales que no deben distorsionar la realidad del fenómeno; siempre se pueden encontrar para el diálogo constructivo representantes valiosos. Dejémonos, pues, de pensar en defendernos porque nadie nos ataca, ni en alejar un peligro que no existe, ni cerrar las puertas a un enemigo que no es tal.

Si no fuera, en algunos casos, reduccionista, podrían agruparse todas estas ofertas de adiestramiento bajo nombres ya acuñados como «terapias alternativas» (que alternativamente se pueden aplicar a un enfermo en circunstancias que el médico determinará), «métodos, procedimientos o prácticas terapéuticas complementarias (que el ejercicio de la medicina se beneficia de su aplicación junto a las hasta ahora convencionales), y no habría ningún problema.

Alguna oferta «no oficial» se presenta ya con el nombre inevitable de «medicina», como la «medicina naturista», que hay que advertir que no es ni naturismo ni medicina natural (lo uno es filosofía de vida y la otra comportamiento higiénico simplista). Curiosamente, el presentar la medicina naturista como medicina alternativa nos la aleja, pero si hablamos de vegetarianismo, de hidroterapia y helioterapia, de ejercicio, entre otros contenidos, nos vemos sorprendidos porque muchos de nosotros nos encontramos integrados o próximos a ella, buscando nuestra salud en la dieta, en el deporte, en el disfrute de la naturaleza, en la moderación, etc.; no es muy difícil encontrar médicos, con ejercicio legalizado y prestigiosos, que incluyen en sus comportamientos profesionales los amplios criterios de la medicina naturista, sin que





se llamen médicos naturistas o, incluso, sin que aceptaran «a priori» esta identificación, o hasta la rechazaran.

La verdad es que si nos empeñamos en agrupar conceptualmente, y bajo un mismo título que seguramente no existe, a la sofrología, la acupuntura, la homeopatía, la medicina ayurvédica, la medicina naturista, la bioenergética, la mesoterapia, las terapias manuales, la medicina integral (entre otras ofertas, y dichas en desorden sin distinguir categorías, que las hay) no lo vamos a conseguir por su propia y diferente esencia; el simple intento de homogeneización, de tratar de meter en el mismo saco, la medicina integral y la acupuntura, o la sofrología y la homeopatía, o la yogoterapia y la bioenergética, es descabellado, porque son cosas diferentes y hasta contradictorias, si bien hay términos más aglutinantes que otros como el antedicho de medicina naturista que, a mi juicio, podría ser ampliamente utilizado; pero no es nuestra pretensión hacer aquí un análisis de contenidos ni una propuesta de ordenación.

Tampoco encontramos un término que las pueda administrativamente representar si nos empeñamos en hacerlo conjuntamente «frente a la medicina oficial», la que se ofrece en las facultades de medicina, como no sea el de «medicinas no oficiales», pero caemos en otra polémica porque de nuevo las llamamos «medicinas» y su oficialidad depende del país, porque los hay mucho más receptivos que el nuestro y no faltan en el propio mundo occidental cátedras de naturismo médico, acupuntura u homeopatía, y hay hasta una facultad de sofrología; en este tema, como en tantos otros, es arriesgada la generalización.

Yo creo que la solución está precisamente en no generalizar: vamos a llamar por su nombre a la acupuntura, a la sofrología, y a la homeopatía, por ejemplo, entre otras cosas porque no tienen ningún vínculo ni deseos de confundirse entre sí. No hay ninguna razón para tratarlas en común o agruparlas bajo algún concepto unitario sin caer en equivocación y en lo despectivo: la primera es una parte de una tradición médica china cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos aunque los primeros documentos escritos de acupuntura se atribuyan a la época del emperador amarillo, Huan-Ti, milenios antes de Cristo; la segunda nació en España allá por los años sesenta, propuesta por el doctor colombiano Alfonso Caycedo y en el seno de la universidad; y la tercera fue creada en Alemania por Hahnemann, a caballo entre los siglos dieciocho y diecinueve, y practicada con notable aceptación durante mucho tiempo. En cuanto a sus mecanismos de acción, la acupuntura busca restablecer el equilibrio energético perdido con el empleo de agujas que estimulan el vegetativo (si se hace debidamente), asistiéndose, entre otros fenómenos, a la elevación de la tasa de endorfinas; la sofrología utiliza métodos progresivos de relajación psicofísica para el entrenamiento mental,

No es difícil encontrar médicos, con ejercicio legalizado y prestigio, que incluyen en sus comportamientos profesionales los amplios criterios de la medicina naturista, sin que se llamen «médicos naturistas».

Por otra parte, pienso que, como en tantas cosas, la dificultad de oír un lenguaje nuevo o extraño se incrementa por la prepotencia y el egocentrismo de quien debiera o, al menos, está capacitado para entenderlo: lo nuestro y lo de los demás.

de base absolutamente fisiológica desde la vivencia de la armonía de la corporalidad, sin ningún tipo de instrumentación; la tercera, la homeopatía, trata de activar las defensas inmunológicas del organismo mediante el suministro en extremas diluciones de muy variadas sustancias minerales, animales y vegetales, que experimentalmente han demostrado producir en sujetos sanos síntomas similares a los de la enfermedad. ¿Cómo podemos agrupar todo esto —y mucho más— en uno o dos términos? Tratadas así, independientemente, un acercamiento es más fácil porque no creo que haya dificultad en admitir que cualquier médico hace bien en tratar de conocer alguna de ellas (o más), porque le atrae o siente curiosidad, pero así no caerá de pleno en «lo alternativo» y las consecuencias de esos juicios gratuitos de unos y otros, si no lo desea.

Es curioso cómo, en la preocupación casi obsesiva por el agrupamiento despectivo de «lo otro», se cae en confusiones graves; a veces se piensa que todas las ofertas que a la medicina oficial se hacen caen en el mismo saco del orientalismo distante y hasta del esoterismo, sin que suceda así, siendo, por ejemplo, la medicina naturista (término este que repito porque ya he dicho que me parece el que abarca un panorama más amplio) la expresión del más puro neohipocratismos, es decir, de una vuelta o revitalización a/de las raíces más pristinas de la medicina occidental, la vigente, la nuestra.

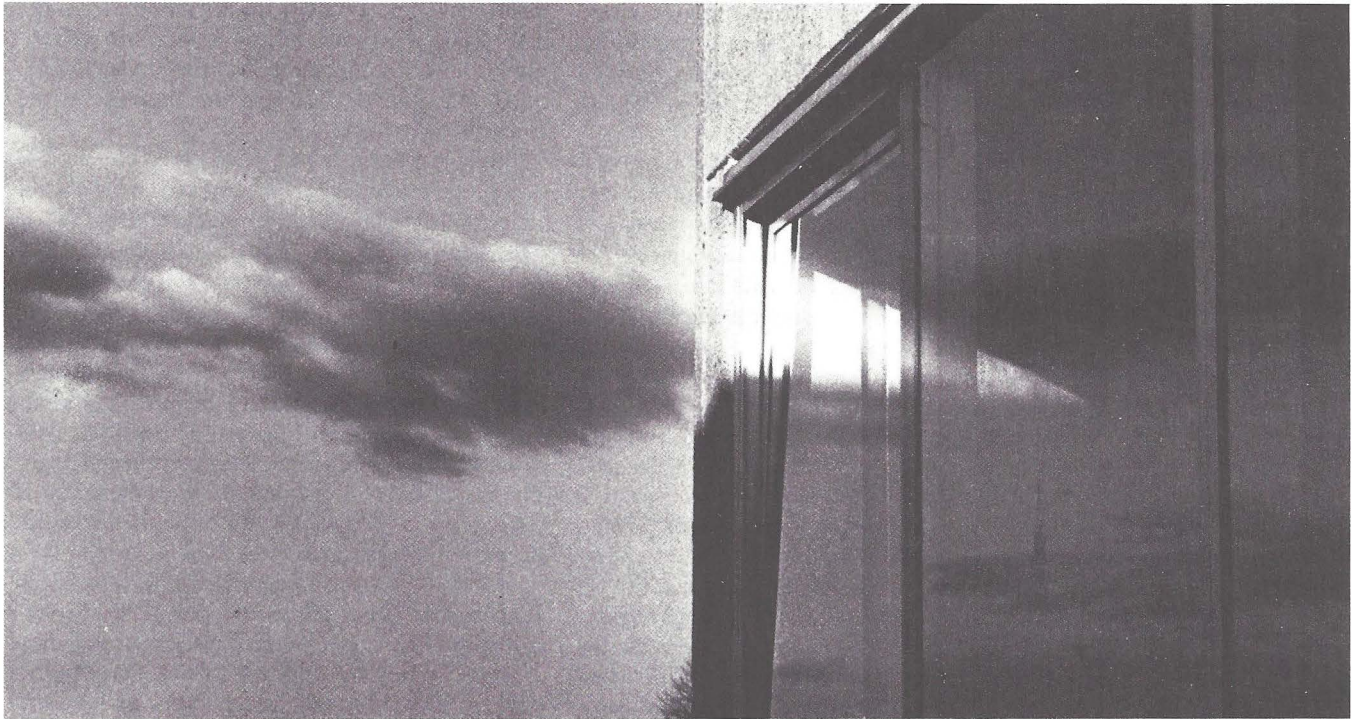
Por otra parte, pienso que, como en tantas cosas, la dificultad de oír un lenguaje nuevo o extraño se incrementa por la prepotencia y el egocentrismo de quien debiera o, al menos está capacitado para entenderlo: lo nuestro y lo de los demás. Por lo pronto, es fácil oponerse a cualquier modificación de lo establecido, porque, por lo menos, produce molestia si se quiere verdaderamente conocer el sentido y la razón de aquella, pero por ese mismo desconocimiento, no hay posibilidad de advertir cualquier actividad que pudiera conllevar el cambio; por ejemplo, se niega en los hospitales carta de naturaleza a «lo alternativo», simplemente por entenderlo así, y yo comprendo las dificultades, pero se crean en las clínicas las unidades del dolor y resulta que dentro de ellas aparecen acupuntores, y otras de educación maternal donde están los sofrólogos, y hay dietólogos que son naturistas, lo que obliga a una especie de enmascaramiento pernicioso poco aconsejable.

¡A veces las cosas no se entienden con facilidad! Muy recientemente, la Academia de Medicina Francesa acepta la dietética, la fitoterapia, la mesoterapia, la osteopatía entre las terapias manuales, da un no a la homeopatía y la acupuntura, y se olvida, por ejemplo, de la sofrología, entre otras. Con el respeto que se merecen los miembros de esa academia francesa pero desde mi responsabilidad en un puesto de una academia española, debo decir que no han ido al fondo de la cuestión

sino al aspecto formal de las técnicas porque, de haberlo hecho así, el lenguaje que utilizarían sería otro. No se corresponde, de ninguna manera, a un conocimiento mediano del tema, el que se pueda deducir de su veredicto, que copio textualmente de la referencia periodística (Jano, n.804, 1988): «...los miembros de la Academia comienzan indicando que, pese a los progresos científicos, todavía continua ejerciendo atracción «lo insólito o maravilloso» y que la existencia actualmente de casi 60 prácticas diferentes, alguna de ellas sin la menor base científica, demuestran la persistencia en nuestra sociedad de cierto gusto por lo irracional»; y añade en otra ocasión: «los éxitos que se le atribuyen son sobre enfermos definidos como funcionales y no pueden distinguirse realmente de un efecto placebo». Naturalmente, lo leído invita a contestar que es, al menos, comprometido calificar de «irracional», desde una academia, un fenómeno social, y que muchos enfermos funcionales son los más difíciles y que no puede llamarse efecto placebo a ninguna técnica de relajación (muy generalizada en muchos procedimientos y como ejemplo) porque se conocen científicamente los mecanismos neurofisiológicos de su acción. Estas conclusiones parecen más irreflexivas que académicas.

En 1986, aparece, también en Francia, el libro «Les médecines différentes, un défi?» de la «Collection des rapports officiels», prologado por la entonces Ministro de Sanidad francesa, que no es sino el informe que un «Grupo de Reflexión», elegido por las autoridades en el gobierno, eleva al Ministro de Asuntos sociales y de la Solidaridad nacional, y al secretario de Estado encargado de la Sanidad. Pese a que se reconoce no haber en el grupo expertos en todos los procedimientos (lo que es grave), las conclusiones son, en cambio, razonables, en el sentido de que aconsejan que se debe dar una información de todos ellos en las facultades de medicina (otra cosa es la ideología o filosofía que acaso encierran o transmitan), en principio sólo para ser evaluadas; pero ya es un paso y nada hay que objetar aunque pudiera pensarse en un camino distinto. El informe se refiere a acupuntura, homeopatía, fitoterapia, aromaterapia, terapias manuales, naturoterapia y sofrología y abre un importante camino.

Obviamente, sería una ingenuidad pensar que todos los que se consideran representantes de las «medicinas alternativas» (es difícil utilizar un término más coloquial y más comprensible en su alcance) —lo sean legitimamente o no deseen o aceptaran sin más la integración de sus ofertas en la universidad, o estén preparados por igual al reto científico que ello comporta, porque, indudablemente, la independencia significa también privilegio, y de todo tipo, pero posiciones individuales, no pueden ser motivo de preocupación ya que, en todo caso, son descubiertas y no se mantienen a la larga.



Naturalmente, hay que añadir que, de otra parte, tampoco creo yo que el llamar «oficial» a nuestra medicina universitaria signifique el dotarla de inmovilidad e infalibilidad, o justifique un dogmatismo o imperialismo trasnochados; no. Al contrario, la fortaleza que le dan las leyes que la protegen y la solidez de sus bases científicas, la colocan en la mejor posición para ir al diálogo, al análisis, a la crítica seria, en encuentros cuya presidencia nada la va a discutir; pero, además, el verdadero espíritu científico es el de la curiosidad, el de la hipótesis, el de la aventura si hiciera falta en el camino del conocimiento, del descubrimiento y la creación. No se puede descalificar esos «otros procedimientos» diciendo que no aportan créditos clínicos y/o experimentales que los validen si no se les da la ocasión, o se les niega irracionalmente si los tienen; la manera más firme de conocer la verdad (mejor, alguna verdad) es dejar que la expongan quienes la pregonan y, en su caso, darles la oportunidad de demostrar su eficacia en condiciones de dignidad; nada que no tenga unas bases o una eficacia demostrables saldrá airoso de la prueba, bien es verdad que, en muchos casos, no se pretende presentar nada revolucionario sino útil, y en este sentido hay que darle una opción a su medida. No hay que estar siempre examinando desde un trono sino también prestando ayuda con sencillez.

Mi paso por el camino del estudio de muchas de estas ofertas terapéuticas me ha permitido interesarme en aclarar algunas dudas, ofrecer mis medios, prestar mis interpretaciones con alegría y generosidad, como una obligación profesional; en lugar de exigir pruebas me he molestado yo —desde mi especialización— en buscar razones

científicas y he encontrado no pocas, lo que ha llenado a otros de satisfacción y a mí me ha colmado de gratitud y generosidad ajenas. Y ni me siento «alternativo», ni nada; me sigo sintiendo el mismo profesor de una facultad, pero más satisfecho por haber servido, mejor formado porque he pensado y aprendido muchas cosas que antes no había comprendido, y, sobre todo, cuento con más y excelentes compañeros y amigos.

Puedo honestamente decir (y ahí está el testimonio de mis trabajos y publicaciones, muy modestos pero a disposición de quien quiera conocerlas) que pocas experiencias más gratas he tenido en mi camino universitario como el de ofrecer mis conocimientos para la mejor comprensión de la fenomenología somatológica, que ha enriquecido notablemente mi concepción del cuerpo; pocos retos han sido tan difíciles y científicamente remunerativos como el tratar de aproximarme y luego entender (desde mi formación científica de la medicina académica) la dinámica energética acupuntural que me ha hecho enriquecer una parcela del sistema neurovegetativo menos valorada con anterioridad por mí; pocas sorpresas como la de ver que la medicina naturista, que siempre se me presentó tan marginada, enriquece al hombre integrándolo en su ambiente, y no significa otra cosa que una propuesta de moderación y de humanismo a cualquier médico; otras veces el deleite ha venido de la contemplación de cómo otras culturas, algunas milenarias, y otras hipótesis interesantes, tratan de aproximarse al problema de la salud y enfermedad. He encontrado curiosas ofertas de procedimientos terapéuticos, distintos pero complementarios que se enseñan en los programas oficiales, sin encontrar dificultad en que

La manera más firme de conocer la verdad (mejor, alguna verdad) es dejar que la expongan quienes la pregonan y, en su caso, darles la oportunidad de demostrar su eficacia en condiciones de dignidad.

podieran añadirse o, al menos, contarse en ellos; por supuesto, otros temas han sido y han de ser polémicos, pero he gozado, en todo caso, de la libertad en esa polémica, porque jamás me he encontrado con propuestas dogmáticas.

Yo no entiendo cómo habiendo en una licenciatura de medicina tantas ocasiones, teniendo cabida tantas curiosidades, necesitándose tantos conocimientos, pudiéndose ofrecer optativamente tantos cursos y programas formativos hasta paramédicos, la mayoría de las instituciones médicas y/o sanitarias, se cierran casi a la cal y canto a todo aquello que habla de medicina en un lenguaje menos conocido y sólo porque, aparentemente, el mensaje viene de muy lejos, en el tiempo o en la cultura, o de cerca pero sin las credenciales que basten para disipar la sospecha de una osadía.

A mi juicio, no debe demorarse el tema y hasta veo cierta urgencia. Sabemos desde las facultades, y es un fenómeno social evidente, que muchos de nuestros jóvenes médicos, atraídos por el fenómeno novedoso, disconformes (porque siempre los hay) con la medicina que se explica en las facultades (por considerarla teórica, analítica, deshumanizada, reaccionaria...), buscando un trabajo que se les niega por una plétora muy generalizada, o convencidos de que nuestra sociedad necesita revulsivos, acuden a cursos de todo tipo y practican lo que aprenden no sabemos con qué garantía; y la salud es una cosa muy seria, y sobre todo la del prójimo; sabemos también que hay enfermos, la mayoría crónicos, que quizás se consideren desahuciados, que buscan legítimamente otros procedimientos de los que han oído hablar bien; que encuestas que se citan en los diversos medios son siempre positivas a que se regule el acceso a estas posibilidades terapéuticas creando «servicios» en los centros públicos; que en las farmacias se leen atractivos anuncios que llaman la atención sobre que allí se expenden productos homeopáticos, y el médico tiene la responsabilidad de su prescripción; que hay herbolarios cuyo uso necesita consejos que las personas buscan en los médicos; y, sobre todo, que el médico en formación tiene derecho a ser informado de cómo se practica la medicina en otros centros, estilos, latitudes, culturas o situaciones, y de advertirle de de que se la puedan solicitar.

La Ministra de Sanidad francesa en 1986 (apoyándose en declaraciones del propio primer ministro Mitterrand, quien, refiriéndose a las medicinas paralelas, decía que son «una realidad social que no puede seguir ignorándose» (Jano, n.º 736, 1986) anunciaba la fundación de un establecimiento de salud experimental, con 75 camas y 25 millones de francos, para la práctica y control a un tiempo del ejercicio de aquellas «prácticas alternativas o complementarias, siempre que se les asegure su eficacia e inocuidad». Citaba a Rabindranath Tagore en esta frase sabia de «si cerráis la puerta a todos los errores, la verdad se quedará

fuera», y pronunciaba ella misma otra frase no menos valiosa: «Sepamos correr el riesgo de equívocos. Con los ojos bien abiertos». Desgraciadamente y a pesar de todo tenemos noticias de que el centro no se abrió.

Pero sobre todo, la pasividad, la indiferencia o la prepotencia de las instituciones oficiales docentes y profesionales médicas está permitiendo —y ellas están asistiendo, y asintiendo, que es más grave— que se ofrezcan cursos de «especialización» (que de hecho lo son porque son los únicos que se dan) sin necesidad de demostrar quiénes los imparten la mejor acreditación, cursos que otorgan títulos vacíos que crean la ilusión —y más tarde, la frustración— en quienes, de buena fe, buscan una verdadera formación por diversas razones; es, sin duda, la mejor manera de fomentar el intrusismo impune. Los colegios de médicos, por su pasividad —quizás sea más justo llamarla prudencia— que inicialmente comprendo, están permitiendo que médicos colegiados, no colegiados, y quienes no son ni médicos, estén anunciando consultorios, establecimientos o, simplemente, locales, donde nadie garantiza nada a los enfermos que los visitan ni protege a los médicos que los regentan, y eso puede ser grave responsabilidad de la autoridad competente, quizás al principio sólo moral.

Entiendo —y me remito a mi propia experiencia en la facultad a que pertenezco, que sé que no es la única en hacerlo— que la mejor manera para ordenar las ofertas terapéuticas es invitar a los representantes a su exposición en un ambiente serio donde han de saber responder a la curiosidad formada y defenderse de la crítica científica. Cuando se organiza en la Real Academia de Medicina (este año para alumnos del Doctorado de la Facultad) algún curso informativo (que nunca ha sido inferior a treinta horas ni a treinta asistentes, y, a veces, se ha pasado de cien unas y otros) sobre alguna de las ofertas serias, ocurren muchas cosas: que los responsables se preparan mejor; que los alumnos, todos médicos o de profesiones sanitarias, no se dejan embaucar; que otros cursos, fuera de un ambiente oficial, pasan a ser considerados como de menor interés y tienen menor demanda; que en el público —o entre los alumnos— hay profesores especialistas que elevan el nivel con su participación; que la experiencia de cada año enriquece el planteamiento del siguiente.

De esta manera empezó, hace ya ocho años, un curso informativo de acupuntura que ya está en su cuarta edición, habiéndose transformado en un curso formativo realizado a lo largo de los fines de semana de dos años enteros, tras una inscripción en la secretaría de la facultad, con participación de numerosos profesores de la misma, y con certificado oficial que otorga el Decano tras las correspondientes pruebas. Igual puede suceder en fecha próxima con otras ofertas, y a tal fin se han realizado ya largos cursos de homeopatía, y este

año en la Real Academia de medicina (insistimos que para alumnos de Tercer Ciclo, entre otros médicos) se han llevado a cabo los primeros cursos desarrollados en España sobre Higiene y Medicina Ayurvédica y Yogoterapia, y Medicina Naturista (con fitoterapia, iridología, terapias manuales, relajación, etc.) con la importante ayuda de médicos y estudiosos de una seria Escuela Védica y de la Sociedad Española de Médicos Naturistas, respectivamente. La participación de alumnos y profesores universitarios ha sido importante, tanto entre los docentes como entre los discentes, y el resultado es francamente prometedor.

...Y no se habla de medicinas alternativas ni de nada parecido; se anuncian cursos de acupuntura, de homeopatía, de medicina naturista; se habla de sofrología, se practica la medicina manipulativa, se sabe lo que quiere decir medicina integral (en el sentido de integración no de acumulación), y todas y cada cosa incluyendo teoría y práctica, del modo más científico con el que se puede empezar a andar.

Hasta ahora todo ha resultado del mayor interés; ha habido un general enriquecimiento, se han descubierto numerosas deficiencias, algunas hipótesis se mantienen con dificultad, pero todos nos hemos enriquecido y, sobre todo, tenemos ya nuestra propia opinión. Es esta la que me permite a mí escribir este artículo, no desde lo que me dicen sino desde lo que he visto y sé. Por eso yo he querido lanzar este modesto mensaje, aunque, naturalmente, comprendo su limitada influencia.

No es mi intención, finalmente, insistir en el papel de los colegios de médicos, aunque pertenezca a uno, ni sé hasta qué nivel este fenómeno que nos ocupa ha de tener repercusión administrativa en su seno. Hay colegios próximos donde hay constituidas «secciones de medicinas paralelas», y trabajan no poco en su verdadero conocimiento, pero, de lo que no me cabe la menor duda es que deben procurar estar informados, invitar a que se hable del tema en su ambiente, y a partir de ahí vendrá lo que deba ser. Oídos sordos, cerrar los ojos, negar la evidencia, evitar lo que puede ser un problema, no puede justificar nunca una actitud pasiva colegial. Afortunadamente, pues, como facultades que dan cursos formales, hay ya algún colegio, todavía aislado, donde los médicos que han elegido alguno de estos complementos terapéuticos no se sienten discriminados.

El Colegio de mi ciudad abrió sus salones a la reciente y última Reunión de la Asociación Española de Médicos Naturistas y, ciertamente, nunca lo niega a ninguna actividad de este tipo, lo que le honra y califica. Acabo de intervenir en un curso de Sofrología celebrado en el Colegio de Médicos de Roma, con asistencia en la inauguración de una destacada autoridad colegial y la justificación por parte del presidente de su involuntaria inasistencia, con participación de unos 150 asistentes, la mayoría médicos y algunos psicólogos u

otros profesionales sanitarios. Aparte del éxito del curso, ha sido muy positiva la actitud del colegio, que ha abierto su salón más digno para que en él se informe de un nuevo procedimiento terapéutico; no ha significado —ni hubiera sido prudente hacerlo— una identificación apriorística con lo que allí se iba a exponer, sino una colaboración obligada con sus asociados, lo que, al menos ese importante grupo, han tenido la oportunidad de ser informados seriamente de qué es la sofrología y su alcance, y con ello disponer de un criterio para seguir la oportuna formación, si les interesa, en cursos formales que allí mismo se anunciaban, o, simplemente, incrementar su cultura.

Yo creo, en definitiva, que la sociedad presenta un reto a la medicina oficial que ésta debe asumir como se asume una moda, quizás guste o no, pero, claro, «separando el grano de la paja», enriqueciéndose con lo que haya de aprovechable y descubriendo a los impostores hasta su desaparición. Otra actitud, de dogmatismo, de miedo a la apertura, de no al diálogo, no la voy a entender jamás. Formaremos y respaldaremos así mejor a nuestros médicos, haciéndoles partícipes de la lengua y de unas prácticas que están en la calle y donde les van seguramente a competir audaces, improvisadores, y desaprensivos curanderos.

Mi experiencia es totalmente positiva: como médico, profesor, académico y persona, me he enriquecido notablemente, sin renunciar a ninguna de mis convicciones. El hombre que yo ahora enseño a mis alumnos como principio y fin de su esfuerzo formativo, y que es el objetivo de mi trabajo, es mucho más rico de lo que fue aquel que enseñé antes de mi largo paseo por esas «medicinas alternativas» que forman ya parte de la única medicina que conozco; lo que verdaderamente había en ellas de «alternativo» (porque se me enseñó o entendí mal, porque lo encontré faltar de consistencia, por responder a cierto dogmatismo, por plantear caminos de compromiso personal que no acepto, etc.) se ha quedado ahí fuera, con mi respeto, sin duda.

Que nadie concluya de la lectura de este artículo que mi intención es «defender a las medicinas paralelas», aunque no me ofendería esta conclusión. He hablado de mi positiva experiencia personal al tratar de conocerlas, pero no ha sido para ensalzarlas sino para llamar la atención a los compañeros receptivos de las facultades de medicina, a una de las cuales pertenezco, sobre el hecho de que tenemos posibilidades —y yo creo que obligación— de informar mejor a nuestros futuros médicos y de dar oportunidad a los médicos jóvenes recientes (al menos a los que deseen) de aproximarse a una positiva y útil experiencia.

* Presidente de la Real Academia de Medicina de Granada. Catedrático y Académico numerario de Medicina de Granada. Miembro de Honor de la Asociación Española de Médicos Naturistas y de la Sociedad Española de Médicos Acupuntores.